

salvados que reaparecen cuando Moreno-Durán se ocupa del objeto del trabajo de ellos: las obras de los protagonistas de sus memorias. *Como el balcón peregrino*, libro interminable por sus subversiones, puede ser leído como contribución importante a todos los géneros borrosos que mencioné anteriormente, como crítica literaria sensata, y como uno de los compañeros de ruta más agradables en el peregrinaje literario hacia un fin de siglo más nuestro.

Wilfrido H. Corral
Stanford University

**Vallejo, Fernando. *Chapolas negras*. Bogotá: Alfaguara, 1996.
262 págs.**

El otro rostro de José Asunción Silva en *Chapolas negras*

La historia oficial de la literatura es la historia de los estereotipos y de la idealización grandilocuente del artista; en ese discurso fingido y mimetizado de los historiadores oficiales, el artista nos es presentado como un ser incólume y sufrido, un hombre que padece la injusticia y la incomprendición, un iluminado que nada ignora y que a nadie engaña. Parece que cada país necesitara erigir estas figuras como una manera de ocultar la otra historia o como una manera de reparar las faltas, puliendo el retrato de quien dejara el testimonio de una época.

En los libros de texto, estos instrumentos enajenadores y empobrecedores de la literatura, refritos de la historia literaria, la figura predominante sobre Silva es la de un hombre sobre el cual hay que guardar pesar, porque fracasó económicamente y porque, supuestamente, nadie le ayudó, un hombre acosado por los acreedores y preocupado por el sostén de la familia, un hombre pobre y abandonado al libre arbitrio del destino. Y como siervos del discurso didactista, asumimos como verdad inobjetable, tales datos biográficos, sin dudar sobre ellos y sin preguntarnos por su origen. Alguien en un momento dado dijo aquello de Silva y entonces los demás, acogiendo la opinión como verdad, siguieron repitiéndolo.

Otro retrato muy distinto es el que nos muestra Fernando Vallejo en esta especie de biografía novelada sobre el mayor de nuestros poetas. En *Chapolas negras*, Silva ya no es, en efecto, el ingenuo e inexperto comerciante fracasado, sino el negociante, lleno de deudas sí, que sabe cómo evadir al acreedor, pagar aquí para deber allá, y asumir la vida como un juego en donde el dinero simplemente circula y es de nadie.

Silva vivió como quiso vivir siempre: en la sobriedad y en la elegancia, pero siempre en el deseo de tener más para poder gastar y compartir.

No creemos que Silva haya llevado una vida tormentosa, si bien la muerte del padre y de la hermana le afectaron profundamente. La casa que dibuja Fernando Vallejo en esta narrativa carnavalesca es una casa en donde nunca faltaron los vinos importados, ni el té hindú, ni el paño inglés, ni la porcelana china; imaginamos una casa con alfombras y lámparas importadas y por supuesto un piano reluciente. Si pocos sabían de la acumulación de deudas del poeta y casi nadie se preocupó por ello, es porque la imagen de Silva era la de un próspero burgués que escribía poesía tratando de hacer realidad lo que quiso ser su padre, don Ricardo Silva. Si en el rostro de José Asunción no se leían las angustias de quien estaba ahogado por las deudas, es porque sabía jugar y entendía muy bien las leyes de la sociedad capitalista. Inteligente, como lo sigue siendo en la voz de sus versos, José Asunción comprendió muy tempranamente que el destino del hombre es vivir el aquí-ahora; por eso las ansias por gastar y por viajar, su reencuentro con la poesía francesa en París, la experiencia diplomática en Venezuela y el conocimiento del mundo a través de los libros; por eso, el encuentro, también temprano, con la muerte.

Fernando Vallejo es un investigador-biógrafo-novelistas; ya con *Barba Jacob, el mensajero* (Méjico, 1984) nos había iniciado en un género que ahora con *Chapolas negras* ha logrado consolidar. Se trata de un género propicio para la formación de lectores, por ese estilo provocador, iconoclasta, paródico y carnavalesco, propio de una escritura que rompe con lo serio, estando en lo serio, y que interpela a su lector de tal modo que a éste no le queda más que aceptar la falacia de la historia y el despropósito de los grupos de poder.

De nuevo Fernando Vallejo ha recurrido a la indagación etnográfica, escudriñando cartas, facturas, cuentas de cobro, documentos gubernamentales, periódicos, revistas, entrevistas, fotografías y hasta los directorios telefónicos de la época, para mostrarnos el otro rostro del poeta fundador, con Darío, del modernismo. En este otro rostro de Silva hallamos también al poeta despreocupado por la convención lingüística; los apuntes comerciales y manuscritos diversos dejan ver el descuido ortográfico y la ligereza en el uso de la sintaxis; así lo sintetiza Vallejo:

Y sin embargo este tipo que escribía estas frases de cajón, esas cartas chantajistas y estas cartas lacrimosas, que llevaba un Diario de contabilidad con mala puntuación, con mala redacción, con errores de ortografía, que le debía a todos y no le pagaba a nadie, que vivió tan lamentablemente embrollado, enredado en su verdad mentirosa, fue el que logró componer, por sobre tanto desastre, el "Nocturno", "Infancia", "Ronda", la "Serenata", "Midnight Dreams", "Los maderos de San Juan", "Paisaje tropical", "Día de difuntos", "Al Pie de la Estatua", y ese poema sin título, deslumbrante,

pervertido, que empieza: "Oh dulce niña pálida que como un montón de oro..." (138)

Y nos dice Fernando Vallejo que éstos son, definitivamente, "los diez más bellos poemas que ha compuesto Colombia."

Con *Chapolas negras* reconstruimos un territorio: Santafé de Bogotá en las dos últimas décadas del siglo XIX; y dentro de este territorio nos encontramos con el barrio La Candelaria y las mentalidades de quienes lo habitan. Los efectos verosímiles de la escritura de Fernando Vallejo nos sumergen en estas calles para luego instalarnos en la casa de los Silva y en ese almacén fundado para una aristocracia caprichosa. Igualmente, el texto recupera las voces y las figuras, como si estuviésemos viendo una película, de los escritores contemporáneos a Silva: Carrasquilla, Sanín Cano, Pombo, Vargas Vila, Rivas Groot y Gómez Restrepo, entre otros. Se trata pues, de un viaje retrospectivo hacia un momento de nuestra literatura. *Chapolas negras*, constituye, sin duda, uno de los mejores libros editados en el año 1996.

Fabio Jurado Valencia

David Jiménez. *Día tras día*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1997. 117 págs.

No hacemos un lugar en el atardecer
y buscamos palabras para el verso
que diga el sentido de todo esto
pero no las encontramos.

...
y los poemas son ecos
de una totalidad que no ha culminado
que ya se descompuso.

(David Jiménez, "Acaso importan ya otras identificaciones..." y "Si de verdad todo poema habla de tí", *Día tras día*)

Día tras Día, el segundo libro de poemas de David Jiménez, fue galardonado con el Premio Nacional de Cultura en la modalidad de poesía en 1996. En su conjunto se destaca por la depuración y trabajo lingüístico. Es un poemario limpio de retórica y alejado de todo artificio donde el poeta persigue la palabra que evoca, convoca y sugiere. La búsqueda poética de las esencias, los ecos, las sensaciones y los augurios son la constante de su poesía.